

# La palabra gratuita

## La narración oral, fantástica herramienta bibliotecaria

En alguna ocasión he tratado de dibujar el plano que marca el camino hacia el tesoro de la lectura, un camino que empieza en el momento mismo de nacer. Es un plano muy sencillo, formado únicamente por palabras.

Las palabras son uno de los mejores alimentos que puede recibir todo recién nacido, pero si lo que se quiere es conseguir un lector, es imprescindible rellenar con ellas los primeros meses de su vida. Simplemente decirle cosas al niño, aunque él no entienda nada, ya es avanzar un primer paso en el plano del tesoro. Y como para ganar terreno un paso debe ir seguido de otro, después de la conversación unilateral entre el adulto y el bebé hay que ir introduciendo las primeras estructuras narrativas, llenas de onomatopeyas, las historias sencillas con el propio niño como protagonista y los cuentos, tradicionales o modernos, al principio contados sin variar ni una coma y luego ya jugando con ellos, reinventándolos.

En la siguiente etapa hacia el tesoro aparece un nuevo protagonista: el libro, y la mejor puerta que puede utilizar para entrar en la vida de una persona

es, de nuevo, la palabra pronunciada. Para llegar a disfrutar con la literatura conviene haber escuchado muchas páginas en la infancia, preferentemente antes de dormir. La lectura justo antes del sueño es un placer y puede convertirse en uno de los momentos más esperados del día: basta con que se suspenda en un punto de máximo interés, como siempre ha hecho la literatura por entregas, y la intriga quede aplazada para el día siguiente. Esa pequeña treta, y la constatación de que el adulto está poniendo su afecto además de su voz, hará sumamente deseable ese rato para el niño.

Después de haber oído muchos cuentos y haber dedicado muchas horas a la escucha de libros en voz alta, el camino hacia el tesoro no tiene retorno. Pero ocurre que muchos niños no tienen la suerte de que alguien les inicie en ese viaje, que transcurre en el ámbito familiar. Ahí es donde empieza la responsabilidad de la biblioteca.

Las bibliotecas tienen que incluir la narración de cuentos entre sus prácticas habituales, al mismo nivel que la compra y preparación de los materiales. Aún



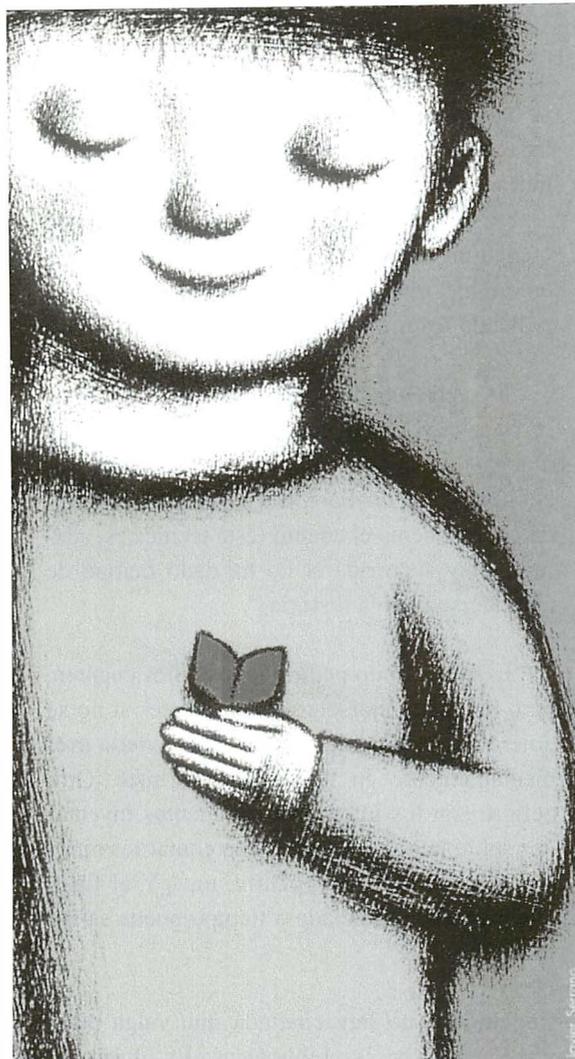
diría más: si existiera un terrible malvado de película que obligara a los bibliotecarios a escoger entre los materiales impresos y los cuentos orales, pienso que deberíamos quedarnos con los segundos, tan importante me parece la presencia de la narración oral en nuestros centros.

Por suerte, en estos momentos son muchos los bibliotecarios que comparten esa idea y ofrecen sesiones de narración periódicamente. Lo que voy a decir a continuación va dirigido a los que todavía no lo hacen; intentaré convencerles de que la narración de cuentos es la tarea más importante de todas, aquella para la que nunca puede faltar tiempo, porque no hay ninguna otra que, siendo tan sencilla, anime tanto a leer.

Cuando una biblioteca programa habitualmente sesiones de narración, lo primero que se comprueba es que los cuentos narrados desaparecen inmediatamente de las estanterías y empiezan a circular de mano en mano. Eso ocurre, sobre todo, cuando el narrador va enseñando los libros al contar las historias que guardan dentro, como hace la Bruja Rotundifolia, un personaje creado por Estrella Ortiz, que “vive” en la biblioteca de Guadalajara (aunque sale mucho de viaje) y todos los años, durante un mes, recibe grupos de escolares de seis y siete años, al menos uno cada día, para contarles cuentos. La rentabilidad lectora de los encuentros con Rotundifolia es enorme: los libros que selecciona, siempre con el criterio de calidad como guía, salen del anonimato de las estanterías, se leen, se aprenden y entran a formar parte del equipaje sentimental de los niños, incluso de los que nunca llegarán a ser lectores habituales. Los colegios, que conocen la gran utilidad práctica de estas visitas –además de constatar lo mucho que disfrutaban con ellas sus alumnos– reservan desde principios de curso su participación, y estamos empezando a comprobar que ya empiezan a asistir los hijos de los primeros niños que conocieron al personaje, hace más de quince años.

Si para organizar sesiones de narración oral se utiliza un profesional, como es este caso, se produce un coste económico, y hay bibliotecas que no pueden pagarlo. Tocamos la eterna cuestión de la falta de medios. Pero una de las mejores cosas que tienen los cuentos es que están al alcance de cualquiera, sólo hay que tratarles con cariño y enseguida se dejan contar. Y no se crea que esta afirmación es una frivolidad, una tontería para endulzar este artículo; por el contrario: es una de las cosas más importantes que he aprendido después de participar durante trece años en la organización de los Maratones de Guadalajara.

Si por algo me gusta el Maratón de los Cuentos es porque contribuye a democratizar la palabra. Blas de Otero pedía la paz y la palabra en una época en la que



no se podían expresar en voz alta los pensamientos. Ahora su poema podría parecer innecesario, porque la democracia ha devuelto la propiedad de la palabra al pueblo, pero muchas personas se la han dejado hipotecar. Contar un cuento a otros es una forma de liberarla, eso se ve muy bien en el Maratón. Los cientos de personas que se van subiendo, una tras otra, al pequeño escenario de los cuentos, van produciendo cientos de pequeños actos de libertad, de recuperación de algo propio. Quizá es por eso por lo que la ciudad cambia durante esos días y, al final, los ciudadanos parecen volar.

Así que, si cualquier persona está capacitada para contar un cuento, ¿cómo no lo va a estar el bibliotecario? ¿cómo no exigirle que lo haga dentro de su horario de trabajo, sin ocasionar ningún coste suplementario? En la página [www.planlectura.es](http://www.planlectura.es) hay un apartado dedicado a la narración oral en las bibliotecas. Su autora, una experimentada bibliotecaria municipal, hace una lista de recomendaciones para contar. Cito textualmente tres de los párrafos que me parecen más interesantes porque dan claves muy sencillas que facilitan la tarea:

“Tal vez lo peor de esta actividad sea la necesidad de aprender cuentos nuevos cada semana. En realidad, no es para tanto: con cuatro o cinco se cubre una sesión, y los que hayan gustado más en las sesiones previas pueden repetirse sin problema. Aunque los niños se quejen un poco al principio, en seguida entran en la historia, y en ocasiones hasta acaban pidiendo los mismos cuentos una y otra vez”.

“Es conveniente mostrar los libros de donde se han sacado los cuentos. Si el libro tiene mucha ilustración y poco texto, se pueden ir enseñando las ilustraciones a los niños a medida que se cuenta el cuento (esta técnica es, además, muy socorrida si no ha dado tiempo de aprenderse bien la historia)”.

“Es muy bonito pedir que los niños cuenten, pero no debe dejárseles contar chistes si no se quiere que la Hora del Cuento se convierta irremediablemente en la Hora del Chiste. Otro peligro son los interminables cuentos inventados sobre la marcha que suelen contar los niños más pequeños; si esto ocurre, un ‘¿Y al final, qué pasó?’ pronunciado a tiempo puede salvar la situación”.

Conclusión: no hay coartada que valga para no contar cuentos en las bibliotecas. Es algo que no cuesta dinero, está al alcance de todo el mundo y crea lectores; imposible encontrar una herramienta bibliotecaria mejor. Por eso no sólo deben contar cuentos los bibliotecarios de las bibliotecas pobres, los que no tienen dinero para contratar profesionales de la narración. Esa sería otra forma de hipotecar la palabra.



En los últimos años han ido apareciendo narradores que se dedican a los cuentos de forma profesional. Como en todos los trabajos hay niveles de calidad muy diversos, pero son varios los contadores que trabajan sus repertorios con mimo, leen cientos de historias para poder seleccionar las ocho o diez que necesita una sesión, renuevan frecuentemente el repertorio y sienten un respeto reverencial hacia la palabra. Son unos cómplices muy necesarios para el fomento de la lectura en las bibliotecas, pero no debemos responsabilizarles a ellos solos de la divulgación de los cuentos. Las visitas colectivas, las sesiones de club de lectura, las excursiones culturales y otras actividades bibliotecarias invitan a contar de una manera espontánea, sin necesidad de que haya una técnica narrativa muy depurada. A veces, en esas situaciones, una persona cualquiera cuenta algo con un tono de voz y una fuerza que provoca la emoción de los oyentes y les permite sentir la magia de la palabra. En Guadalajara había una maga de esta clase, Pepita Loidi, un ama de casa que cuando contaba obligaba a todos a dejar lo que estaban haciendo para seguir sus palabras. Participaba siempre en el Maratón de los Cuentos hasta el año en que una enfermedad muy grave la obligó a hospitalizarse. En vísperas del Maratón mejoró tanto que pudo salir del hospital y, naturalmente, contó su cuento. Fue su adiós a la vida, pero sus cuentos siguen oyéndose cada año, ahora con la voz de su hijo.

Los Loidi han participado en todos los maratones, pero no han hecho el camino solos: en Guadalajara hay algunas personas –sobre todo niños y jóvenes– que no pueden imaginar la vida sin esa puerta de entrada en el verano. Un ejemplo es Gorge Gayoso, que en la última edición escribió en el Libro de Firmas algo parecido a esto: “Me parece mentira que ya sea el 13º Maratón y que yo haya participado en todos. ¡Qué pequeño empecé! A los seis años, porque ahora tengo diecinueve”. Julián de la Fuente, Rodrigo Celaya y otros chicos y chicas de 15 a 19 años son otros corredores de fondo que podrían decir algo parecido. Ellos y miles de personas más que, contando o escuchando, contribuyen a hacer una cultura eminentemente participativa.

Cualquiera que asista al Maratón de los Cuentos de Guadalajara y vea el grado de implicación de la ciudad en la fiesta puede pensar que ha surgido de repente. Nada más alejado de la realidad. El Maratón es un final –no un principio– que tiene su raíz en muchas pequeñas actividades desarrolladas a lo largo de muchos años. Quizá sea interesante contar esa pequeña prehistoria para acabar de animar a las colegas todavía remisos: los pasitos pequeños mantenidos durante mucho tiempo hacen avanzar mucho camino.

Los pasitos y las ayudas, porque si echo la mirada hacia atrás lo que encuentro son compañeros de viaje extraordinarios. En el fondo de todo, el Seminario de Literatura Infantil y Juvenil, formado en 1982 por un grupo de maestros y bibliotecarios dispuestos a cualquier cosa para ampliar los hábitos de lectura de los niños. Después la compañía de teatro Fuegos Fatuos, creadora de montajes cuentístico-teatrales específicos para la biblioteca, como aquella vez en la que, en un Día del Andersen, uno de los actores del grupo se disfrazó con el traje nuevo del emperador (que no cunda el pánico: se puso calzoncillos largos y una camiseta). Después llegó Rotundifolia, fruto de la gran creatividad de Estrella Ortiz. Y Susana Arroyo, que se ofreció voluntariamente a contar cuentos los sábados cuando estudiaba Biblioteconomía..., y otras muchas personas que harían la lista interminable.

En cuanto a acontecimientos, un precedente claro del Maratón son las dos grandes Fiestas de La Concordia celebradas a mediados de los ochenta en el parque guadalajareño del mismo nombre, con la colaboración de varias instituciones y muchas asociaciones culturales. También marcaron una pauta los Encuentros Nacionales de Animación a la Lectura, especialmente el que se dedicó a la narración oral, que recibió la visita del famoso investigador norteamericano Aurelio Espinosa y en el que, como actividad para disfrutar, se formaron cinco espacios en el parque del Palacio del Infantado en cada uno de los cuales se contaron cuentos de un tipo (amor, miedo, risa, animales y un quinto totalmente surrealista sobre huevos).

Cuando llegó el Maratón ya había mucho camino andado, mucha siembra hecha, mucha gente comprometida, mucha afición por los cuentos y mucha costumbre de trabajar en equipo; por eso una propuesta tan atrevida salió adelante. Por eso el Maratón no ha dejado de crecer desde el principio, y por eso han podido seguir desarrollándose otras actividades, como los Viernes de los Cuentos, los primeros años en plan amateur (contándonos unos a otros con una taza de queimada en la mano), y luego como espectáculo profesional.

No todo han sido éxitos. A veces nos hemos equivocado y otras no hemos tenido suerte, como cuando intentamos comprometer al grupo de teatro de la residencia de la Tercera Edad para que contaran cada semana a los niños en la biblioteca, y no acudieron. Pero el balance general es muy satisfactorio para todos. Quizá porque, como he aprendido en todos estos años de trabajo, la narración oral no sólo hace lectores, también da la felicidad: eso se ve muy bien en el Maratón.

A largo plazo soy incapaz de imaginar el futuro de la literatura escrita pero, como dijo Günter Grass al



recibir el Premio Nobel, sé que las historias acompañarán siempre a las personas, porque son tan necesarias como el aire. No sé si, en un futuro más o menos próximo, algún terrible malvado de película intentará grabar con un canon a las bibliotecas que cuenten cuentos, aunque espero que si se produce ese horror le hagamos frente con la misma fuerza que al canon del préstamo.

Quiero terminar haciendo una pregunta muy simple: ¿qué tienen los cuentos que pueden embobar tanto a chicos como a grandes? Me gustaría que alguien me diera una respuesta más elaborada que la mía. Yo sólo me atrevo a decir que veo en ellos una enorme capacidad para convencer a cualquiera de que es posible vivir muchas vidas. Nada más oír la fórmula (“Había una vez...”) todos estamos dispuestos a creer cualquier cosa que nos digan. Pero no sólo a creer que es posible esa historia que escuchamos, sino a ponernos dentro de la piel del protagonista, a convertirnos en otro. Eso una y otra vez: una y otra noche, si tenemos la fortuna de que alguien nos cuente cuentos en nuestra infancia: cada diez minutos, si estamos sentados en el patio de butacas del Maratón. En esa capacidad de desdoblamiento creo que está el misterio del éxito de una actividad secular que los bibliotecarios debemos cultivar con mimo.

Curso esa invitación, más bien un ruego, y me callo. El complemento de la narración oral es el silencio, eso lo sabe cualquier aficionado al género. Creo que ya ha llegado en momento de que yo cierre mi boca (una forma poética de llamar al teclado de mi ordenador) y ponga el punto y final a este artículo sin caer en la tentación de usar la fórmula ritual con la que finalizan las historias. ❌

Blanca Calvo